

acuerdo con los de la ciudad, que salian á recibirlos. Batiéronse aquellos feroces montañeses con su acostumbrado brio, y fué menester emplear una gran parte del ejército para poderlos rechazar. Con esto el hambre fué acosando á los de dentro, en términos que ni soldados ni vecinos podian ya vivir <sup>(1)</sup>. Y aun resistian aquellos hombres tenaces y duros los ataques que á los muros y á las puertas daba el de Mortara.

En tanto que de una y otra parte se daban recios ataques á los fuertes de Monjuich, San Ferriol, Santa Madrona, San Juan de los Reyes, San Bernardo, Santa Isabel y otros, y que mútuamente solian tomarse y recobrase, y se volaban barriles de pólvora, y reventaban minas con horrible estruendo y estrago, y nuestra caballería talaba las mieses del contorno, y que al campo español llegaban refuerzos por tierra y por mar, los sitiados los aguardaban en vano de Holanda, de Provenza, de Francia, y de los somatenes de la montaña. Balaguer volvía á la obediencia de su legítimo soberano; los escesos de los franceses en Vich inflamaban de ira los corazones de los habitantes de la comarca, y unidos con los de Manresa, donde

(1) La cuartera de trigo se vendía á cuatrocientas libras, 4,266 rs. vellón; la carga de vino común á seiscientas libras, 6,400 reales; á este respecto todos los demas artículos; comíanse los animales mas inmundos, y hubiera llegado á mayor extremo el hambre sin el recurso de un pescado llamado *amploya*, que se cogía al pie de los muros de la ciudad.—Feliú de la Peña, Anales de Cataluña.—Este historiador, que tantas inexactitudes sembró en sus Anales, está generalmente exacto en los pormenores que da de este sitio.

residia la diputacion, acordaron todos someterse al rey de España y prestarle homenaje en la persona de su hijo don Juan. Infructuosamente despachaban los de Barcelona emisarios á Francia y á Portugal para ver de interesar las córtes de ambos reinos, y que les dieran prontos socorros. Ni La Ferrière, ni don José de Pinós, ni ninguno de los enviados traía respuesta que pudiera satisfacer á los apurados barceloneses. Suscitábanse, como acontece siempre en tales casos, discordias entre la Motte, Margarit, Dardena y los demas que mandaban las armas en la ciudad, y amotinábanse contra Dardena los miqueletes, y aumentábase dentro cada dia mas la confusion.

La escasez de moneda que se experimentaba hizo duplicar el valor de cada pieza, y para acudir á las mas urgentes necesidades tuvo que pedir el mariscal francés las alhajas de los templos y hasta el oro y la plata de los relicarios. Hubo sobre esto una junta de veinte y dos teólogos, de los cuales veinte votaron en favor de la petición. Llevado el asunto al cabildo, á pesar de los esfuerzos del doctor Peralta, el arcediano de Santa María y otros dos canónigos protestaron contra la medida. Por último, despues de muchas contes-taciones y disgustos, juntóse un sínodo, en el cual llegó á prevalecer la opinion de la entrega, «con calidad que la ciudad se obligase á restituirla en tres años en la misma forma, cantidad y calidad que se entregase y sin gasto alguno de la iglesia.» Hízose

pues moneda de la plata sagrada, con la leyenda: *Barcino civitas obsessa*: y el mariscal la empleó en pagar las tropas y en comprar espadas á los soldados <sup>(1)</sup>.

Por último forzados del hambre, mas que del cansancio ó del desánimo, á los quince meses de sitio pidieron los barceloneses capitulación. Concedióseles con condiciones honrosas para la guarnición, y con una amnistía general para todos los catalanes, á escepcion de Margarit, que huyó clandestinamente, y ofreciendo conservar á Cataluña sus constituciones y fueros <sup>(2)</sup>. Rindióse, pues, Barcelona, y se sometió de nuevo al rey Felipe IV. (octubre, 1652), con satisfacción general de los catalanes, que al cabo de tantos años de cruda guerra deseaban ya con harta razón la paz. Y tanto mas se celebró este suceso en Cataluña,

(1) Los objetos que se entregaron fueron: catorce lámparas mayores del templo de Santa Eulalia; otras veinte y ocho menores de alrededor de la capilla; cinco de la capilla de San Oleagro; tres de la del Santísimo Sacramento; y una que ardia á las reliquias; seis candelabros grandes y cuatro menores: se despojó la catedral y otras iglesias, pero algunas, como la de Santa Maria del Mar lo resistieron. Se juntó el valor de 38,090 escudos de plata.—Bremundan: Hechos de don Juan de Austria en Cataluña, lib. VII.—Ademas muchos vecinos ofrecieron sus vajillas, y las autoridades empeñaron sus bienes.

(2) Edicto de don Juan de Austria en el campo de Barcelona, á 14 de octubre de 1652, copiado por Tió.—Bremundan: Historia de

los hechos del príncipe don Juan lib. X. Allí pueden verse los pormenores de todo lo que precedió y siguió á la capitulación: la salida de un trompeta del de la Motte para tratar de la rendición de la plaza; la de los diputados de la ciudad y del mar; el recibimiento que se les hizo; los reparos de don Juan de Austria á las cartas del mariscal y de Jaime Cortada; la salida del conseller en cap á rendir homenaje al príncipe; las seguridades que dió don Juan del cumplimiento de los puntos que se concedían; las órdenes á los gobernadores de Tarragona, Lérida y Tortosa para el cange de prisioneros, y por último, los despachos de don Juan de Austria al rey su padre dándole parte de estos sucesos.

cuanto que el rey concedió al Principado sus antiguos privilegios, partido que no habrían podido prometerse despues de tan larga y tenaz rebelion. Con esto todo fué fiestas y alegría, y como era de esperar, muchos lugares, como los del llano de Vich, vinieron espontáneamente á la obediencia del gobierno español. La diputación misma congregó los brazos en Manresa, y todos de acuerdo ofrecieron al rey aquella villa, con Cardona, Solsona y otros lugares. Alguno hubo que rendir todavía por la fuerza. Pero pudo ya decirse que Cataluña habia vuelto á pertenecer á España. Ganó el marqués de Mortara con este suceso la estimación y la gratitud de todos los españoles <sup>(1)</sup>.

Parecia que con esto debería haberse dado por terminada la guerra de Cataluña. Y no solo esto, sino que aquellos naturales, con la decisión que acostumbran en todas sus resoluciones, expusieron al rey que con tal que les diese tropas de caballería ellos solos bastaban para recobrar el Rosellon, cuyos habitantes deseaban tambien librarse de la dominación francesa y volver á la obediencia de España. Desgraciadamente ni la guerra se concluyó, ni el rey Felipe y sus ministros atendieron la proposición de los catalanes. Antes lo que hicieron fué destinar á Portugal muchas de las tropas de aquel ejército, y relevar del vireinato al

(1) Aquí termina Fabro Bremundan su minuciosa historia sobre este periodo de la guerra de Cataluña, y acaba tambien Tió su continuación de la de Melo.

marqués de Mortara, el único que habia dado resultados felices, y conferirle á don Juan de Austria. Los franceses, aunque convencidos de que no podian aspirar ya á la posesion de Cataluña, tenian interés en conservar el Rosellon, y en entretener nuestras fuerzas en el Principado. Y lo que fué peor, aquel Margarit, con otros caudillos de la rebelion catalana, como Dardena, Aux, Segarra y algunos mas, con una obstinacion ya indisculpable, y siendo no ya solo rebeldes á España sino traidores á su propio pais, prestáronse á ayudar á los franceses, si es que no los concitaron; y en julio siguiente (1653) se vió entrar en Cataluña por el Portús al mariscal francés Hocquincourt en union con don José Margarit al frente de catorce mil infantes y cuatro mil caballos, creyendo que todo el pais se iba á levantar de nuevo por ellos. Y aunque les salieron sus cálculos fallidos, porque solo se le adhirieron los foragidos, bandoleros y gente perdida, poniéndose por el contrario á las órdenes de don Juan de Austria tercios enteros de los que antes habian defendido á Barcelona, con todo lograron hacerse dueños de Castellon de Ampurias y de Figueras, y pusieron sitio á Gerona.

Guarnicion y habitantes, hombres y mugeres, todos se defendieron con heroismo por mas de setenta dias contra el francés. Su resistencia dió lugar á que don Juan de Austria acudiese á su socorro con un trozo de ejército, formado ya en su mayor parte de ca-

talanes, y dándose oportunamente la mano los de dentro y los de fuera, obligaron al enemigo á levantar el cerco con alguna pérdida. Ripoll, San Feliú, y algunos otros lugares volvieron al dominio de la Francia, que fué todo lo que en esta campaña pudo hacer Hocquincourt, llamado luego á Flandes, donde le hemos visto despues adherirse al partido de los príncipes franceses, y pelear como aliado de las banderas españolas.

Sucedió á Hocquincourt en Cataluña el príncipe de Conti, hermano del de Condé, trayendo consigo alguna mas gente de aquel reino<sup>(4)</sup>. Hallábase este general sobre Puigcerdá (julio, 1654), y para distraerle puso cerco don Juan de Austria á Rosas. Allá acudió en efecto el príncipe francés, y aunque las partidas de catalanes que ya se apostaban á los lados de los caminos le destrozaron buena parte de su gente, todavía le quedó bastante para hacer al de Austria retirarse levantando el cerco de Rosas. Volvieron los franceses mas libres y desembarazados sobre Puigcerdá, defendióse la guarnicion bravamente, pero habiendo muerto de un cañonazo el gobernador don

(4) Es de notar la frecuencia con que así la corte de Francia como la de España relevaban los vireyes y generales de Cataluña, lo mismo que los de otras partes en que se estaba haciendo la guerra. A cada paso ocurrían cambios y traslaciones, haciendo venir los de Flandes á Cataluña, mudando los de Cataluña á Flandes, á Ita-

lia ó á Portugal, y vice-versa. Creemos que no está de mas hacer esta observacion á nuestros lectores, ya para que ellos mismos no se confundan, ya para que no extrañen que en un brevisimo espacio de tiempo hablemos de un general ó gobernador como obrando en puntos diferentes y muy apartados.

Pedro Valenzuela, tuvo que entregarse capitulando. A la entrega de esta plaza siguió la de Villafranca, Urgél y algunas otras fortalezas interiores. Y en verdad, lo extraño es que no nos arrebatáran mas poblaciones y mas aprisa, pues aunque el Principado ponía no poco de su parte, formando regulares cuerpos que incomodaban á los franceses, el mal era que distraído el nérvio de nuestras tropas en otras partes no arribaba don Juan á poder reunir un ejército que oponer al de Francia, y se limitaba á observar y contener al enemigo desde Barcelona y sus contornos. Sin embargo, al año siguiente (1655) tomó á Berga y Camprodon. El conde de Merinville, mas activo que el de Contí á quien reemplazó, quiso socorrer á Solsona que tenían sitiada los nuestros, en combinacion con la armada del marqués de Santa Cruz; mas por mucho que apresuró su marcha, hubo de retroceder con noticia que tuvo en el camino de hallarse ya asaltada y dada á saco (7 de diciembre, 1655). Lo demas de esta campaña se redujo á pérdidas recíprocas de algunas plazas y lugares, y á tal ó cual porfiada defensa que de algunas hicieron, los caudillos catalanes sobre todo.

No con mas energía, antes mucho mas flojamente, continuó haciéndose en las campañas siguientes la guerra, no contando ni uno ni otro ejército con fuerzas bastantes ni para acometer empresa de consideracion, ni para tomar una superioridad decisiva sobre

su enemigo, empeñadas las fuerzas principales y empleados los generales de mas nombre y reputacion, asi de España como de Francia, en las guerras de Italia, y mas especialmente de Flandes, y no poco distraídas ademas las nuestras en Portugal. A Flandes fué tambien destinado por este tiempo don Juan de Austria, como en el anterior capítulo hemos visto: nueva razon para que en Cataluña aflojaran las operaciones militares, hasta que por último, vuelto el cargo del vireinato al ilustre marqués de Mortara; tomaron aquellas mas animacion, conociéndose las manos en que el gobierno de las armas habia nuevamente entrado.

Ahuyentó, pues, el de Mortara del Ampurdan á los franceses, y dominó todo aquel pais á escepcion de Rosas (1657). En cambio el general francés duque de Candale y don José Margarit entraron en Blanes y en muchos lugares de aquella comarca, y se corrieron con poca audacia al llano de Barcelona. Pero Blanes fué recobrada por un golpe de catalanes de los que militaban en las banderas de Castilla, y el fuerte de Castellfollit fué comprado por dinero al gobernador francés. Quiso recobrarle el de Candale y castigar al infiel gobernador, pero el intento le costó mucha gente, porque al paso del Fluviá le arremetió el de Mortara con el grueso de la suya, obligándole ademas á arrojar al rio algunos cañones. Otro recio combate hubo á una legua de Camprodon, entre espa-

ñoles y franceses, en que fueron estos derrotados, cayendo de sus resultas Camprodon en poder del caudillo español don Próspero de Tuttavilla (1658). Sitiada á su vez esta plaza por los franceses, y marchando á socorrerla el marqués de Mortara, se empeñó una reñidísima batalla á las orillas del Ter, en la cual el maestre de campo don Diego Caballero de Illescas, esguazando al rio, y cogiendo al enemigo por la espalda, y arremetiéndole espada en mano y entrando en sus cuarteles á degüello, hizo en él tal destrozo, que bien puede decirse se le debió á él una de las acciones mas gloriosas que se dieron en el Principado. Y tambien puede contarse la última que merezca mencion en aquella guerra.

Porque ya ni la Francia ponía gran conato en dominar aquel pais, desesperanzada de conseguirlo teniendo contra sí los naturales, ni España temía ya perderle teniéndolos en su favor, y en lugar de enviar mas refuerzos sacaba de alli los que podia para destinarlos á Portugal, que era entonces donde andaba mas comprometido el honor de Castilla. Y asi ambas naciones se limitaron á pequeños encuentros en aquellas partes, arrastrándose aquella larga y pesada guerra, hasta el grande acontecimiento que á la sazón se preparaba, y que habia de decidir de la suerte futura de todos los países por ellas disputados.

## CAPITULO XV.

### PORTUGAL Y CASTILLA.

De 1648 á 1659.

El marqués de Leganés ataca á Olivenza y se retira.—Disputanse portugueses y holandeses las posesiones de la India.—El duque de San German, capitan general de Extremadura.—Conspiracion para asesinar al rey de España.—Es descubierta y llevados al suplicio los conjurados.—Muerte del príncipe don Teodosio.—Conjuracion en Portugal para entregar el reino á los españoles.—Castigo de los conspiradores.—Muerte del rey don Juan IV.—Sucesión de Alfonso VI.—Regencia de la reina madre.—Comienza con vigor la guerra.—Conquista el de San German la plaza de Olivenza.—Plan des-  
acertado del general portugués, conde de San Lorenzo.—Emprende Vasconcellos el sitio de Badajoz.—Marcha del ministro don Luis de Haró á Extremadura.—Retíranse de Badajoz los portugueses.—Don Luis de Haró entra en Portugal y sitia la plaza de Elvas.—Acométele el portugués conde de Castañeda.—Vergonzosa derrota del ejército español.—El de Haró es llamado á la corte.—Guerra de Portugal por la frontera de Galicia.—Progresos del marqués de Viana.—Cesan temporalmente las hostilidades.—Quédase la guerra en tal estado hasta las paces de Francia y España.

Que en la frontera de Portugal era donde andaba mas comprometida la honra de Castilla decíamos al final del anterior capítulo, y era una triste verdad: como eran una triste verdad tambien las palabras con